

Desde Orissa, encuentro con la escultura hindú en el taller de Lingaraj Maharana

PABLO J. RICO (COMISARIO DE LA EXPOSICIÓN)

José Noguero (Barbastro, Huesca, 1969) es uno de los más brillantes artistas de su generación. Licenciado en Escultura por la Escuela Massana (Barcelona, 1990) ha cultivado con maestría la escultura, pintura, fotografía y recientemente el vídeo. Hasta ahora sus más significativas y conocidas obras eran fotografías en las que planteaba cuestiones esenciales sobre la presencia/ausencia del objeto, creaba espacios interiores casi metafísicos, escenografías espirituales, representaba eficazmente intuiciones sobre el origen de la vida, sobre el silencio... José Noguero reside y trabaja en Berlín desde 1999, en donde ha encontrado el ambiente propicio para su hacer artístico, seguramente el más idóneo dada su querencia hacia la serenidad, la vida tranquila, el ensimismamiento personal... Mientras tanto ha desarrollado una carrera artística realmente prometedora que atesora ya importantes experiencias y abundantes exposiciones individuales y colectivas de sus obras en España, Alemania, Suiza, Italia, Brasil, USA, etc.

El primer contacto de José Noguero con la India, con Orissa, y Lingaraj Maharana lo tuvo a finales de 2003. Este primer viaje de dos meses a la India le llevó a Orissa casi por casualidad (más bien habría que decir que «por necesidad», los encuentros son necesarios, vienen impulsados por el Destino, así como los desencuentros son inevitables). A Orissa llegó buscando trabajos en bronce, esculturas que admiraba y deseaba conocer su origen, su metalurgia..., y se encontró de frente con Lingaraj Maharana y su taller, con la escultura hindú tradicional, con los orígenes de la escultura y casi del arte, acaso con sus orígenes (y no hablo solamente de sus orígenes como artista: a veces hay que creer más allá de la lógica de lo racional y abrir la mente y el corazón a otras posibilidades, a la reencarnación por ejemplo, ¿por qué no?). Aquel primer encuentro con el personaje escultor, el maestro Lingaraj, y con todo lo que representa —en especial su condición de maestro y «médium» para sentir la pureza

de los orígenes—, así como sus posteriores experiencias estéticas en Ajanta, Ellora y Elephanta, confirmaron a José Noguero que se encontraba en el camino propicio para descubrir (reconocer) las condiciones necesarias del arte desde sus orígenes hasta la contemporaneidad, más allá de las contingencias temporales y las modas, los particularismos culturales, las formalidades convencionales...

José Noguero vuelve a Berlín «bienherido» por todo lo que ha visto, experimentado, deseado... Ya en Berlín confirma su idea de regresar a la India, a Orissa, con Lingaraj, a trabajar en su taller de piedra, para aprender los aspectos significativos de la escultura hindú, sus técnicas, su iconografía, su mitología, su espiritualidad, el valor de las imágenes y su poderosa presencia fuera de toda sospecha circunstancial espacial o temporal... Es probable que José Noguero comenzara entonces a intuir que la imagen preexiste antes incluso que su presencia se haga evidente, antes que adquiera una cierta realidad formal a través de un material determinado o una técnica de representación visual convencional. A lo mejor Miguel Ángel estaba más cerca de la verdad cuando afirmaba que la escultura (su imagen) existe en el interior del bloque de piedra antes de que el artista inicie el trabajo de «desvelar» su secreto... Con frecuencia los artistas, algunos geniales visionarios, ven e intuyen el significado de las cosas ocultas allí donde no llegan ni traspasan las miradas racionalmente «inteligentes».

Conozco a José Noguero desde hace mucho tiempo, casi desde que comenzaba su trayectoria artística, y siempre he estado interesado en su trabajo, en sus obras, en el sentido espiritual y «meta-artístico» que les confiere. Lo he seleccionado en diversas ocasiones para exposiciones colectivas «de contenido»; siempre ha destacado en estos proyectos. Con el tiempo hemos ido moldeando confianza y complicidades, amistad... El 2004, casi recién regresado de la India, José me cuenta su experiencia y percibo su entusiasmo, que me contagia... Meses después le propongo seguir juntos en este proyecto y contemplar la posibilidad de presentarlo como producción propia del SEA en el Castillo de Santa Bárbara de Alicante. Con esta complicidad y acuerdo verbal José Noguero vuelve a Orissa a finales de junio de 2005 con el objetivo de trabajar en el taller de Lingaraj Maharana los próximos seis meses. Allí José obtuvo la recompensa inmensa de convivir con la familia y los aprendices de Lingaraj 24 horas al día dedicados al trabajo y a la vida sencilla..., aprendiendo no sólo técnicas y maneras milenarias sino sobre todo modos de estar en el mundo como artista y como hombre: con sencillez y bendita serenidad, impregnado de esa espiritualidad que nos hace conectarnos esencialmente con el universo y com-

partir su permanente tarea de creación y transmisión de la vida, colaborando en la formalización de la idea de lo absoluto y lo trascendental, acaso aprendiendo a dar imagen verosímil a lo indecible... También aprendió en su cuerpo y en sus sentimientos el valor de la hospitalidad de quien no tiene apenas riquezas materiales que compartir y la alquimia de los afectos que nacen tras una primera fase de admiración y respeto. Desde luego aprendió a reconocer quién y qué significa ser «Maestro»... Lingaraj Maharana es su Maestro.

Lingaraj Maharana es un Maestro, reafirmo. De origen humilde y padre artesano carpintero a Lingaraj se le reconoció desde muy joven como alguien con facultades excepcionales para la talla de la piedra y alcanzar la perfección en la reproducción de los dioses del panteón hindú, de sus avatares, siguiendo los modelos de la gran estatuaria tradicional de la India. Sus esculturas son clásicas en el sentido que podemos denominar a la escultura que sigue unos cánones preestablecidos, pero también innovadora, buscando nuevos movimientos, obteniendo esas «gracia» y expresividad particulares que sólo puede hacerse con naturalidad y sentimientos propios. Lo evidente es que Lingaraj Maharana crea obras maestras, nuevos singulares modelos de perfección en sus esculturas de Krishna, Visnú, Siva, Ganesh: esculturas-deidades con alma (aquí sí que los dioses tienen alma y un artista debe saber dotarles de esta esencial transparencia). Lingaraj Maharana es reconocido como un gran maestro de la escultura hindú desde hace años: obtuvo como escultor el Premio del Estado de Orissa en 1987 y el Premio Nacional de la India en 1989.

Me cuenta José Noguero que aprendió otras muchas cosas (como artista) en el taller de Lingaraj y que nuestra exposición, y la publicación que más tarde haremos, pretende comunicar al público y al mundo del arte. Entre otros valores, el del dibujo, tanto como necesaria fase previa de estudio, de proyección, imaginación, como de empatía con el original, de respetuosa relación con el motivo primero (al copiarlo); también la virtud de asumir los esquemas generales de las cosas tal como fueron creadas, colaborando con humildad en su traducción, ajeno a cualquier tentación de soberbia intelectual que nos haga creer que inventamos antes que la naturaleza inventó, antes que existieran en el universo todas las formas posibles (en realidad «crear» desde lo humano es un modo de leer y traducir). Me decía José Noguero que el «tiempo del dibujo» en Orissa es un tiempo especial, distinto: al anochecer, en tranquilidad y relajo, con música de fondo o impregnado de canciones próximas o ruidos de selva... También hay una luz especial —las imágenes que Noguero ha capturado en esas noches me recuerdan la luz de las primeras pinturas de Van Gogh, de *Los comedores de patatas* por ejemplo. Van Gogh no quería que la gente que

contemplara su cuadro dijera «que era bello», sin más, desde el punto de vista estético o que les gustaba por algo que no fuera lo que había intentado expresar: que aquellos hombres que comían esas humildes patatas con sus manos lo hacían con las mismas manos que las habían cultivado y sacado de la tierra con esfuerzo—. Desde luego reconocemos en las imágenes realizadas por José Noguero en el taller de Lingaraj el valor del trabajo, de «cultivar el arte» con sus manos, el placer de descansar y alimentarse con el silencio o la música tras el trabajo bien realizado, esa paz que da haber hecho bien y con alegría lo que tienes que hacer... (ese «amor fati» que diría Nietzsche).

En su estancia en Orissa José Noguero «recolectó» cuarenta horas de vídeo, más de 3.000 fotografías, tres cuadernos de dibujos (con más de doscientos dibujos originales) y tantas cosas más incuantificables. De esta extraordinaria «cosecha» hemos seleccionado y mostramos en esta exposición producida por el Simposium Escultura Alicante (SEA) once fotografías —representando esculturas del taller, procesos, «almas y aromas» del arte—, tres vídeos de unos veinte minutos de imágenes en total y diez vitrinas que son una especie de síntesis, de diálogo, entre la escultura y cierta luz difusa que le sirven al artista para construir espacios inconcretos, difusos, metafísicos, en donde se expande y reverbera la poesía de su experiencia en la India y se revelan profundos sentimientos de artista...

Nuestra intención ha sido documentar esta hermosa historia que debería ser ejemplar para el arte y los artistas actuales y celebrar al tiempo el encuentro espiritual (ingenuo, sin perversiones inconfesables) de Oriente y Occidente, de dos visiones artísticas aparentemente en las antípodas, de lo tradicional y lo «contemporáneo», incluso un encuentro necesario de la escultura y la fotografía/vídeo en un punto equidistante a sus respectivos modos diversos (a veces contradictorios) de representación... y sobre todo un homenaje a Lingaraj Maharana, y a través de él y en su nombre a todos los artistas que trabajan y crean su arte con humildad, vocación espiritual y creencia (no sé si fe)... Es bueno (necesario) creer... El arte es un sistema de creencias... Hay que creer para crear...

No obstante ha habido otras intenciones, otras preguntas, otras respuestas que Noguero buscaba y se hacía, nos hace con sus obras. ¿Por qué y para qué soy artista? ¿Qué es una obra de arte, cómo la distinguimos? ¿Cuál es la delgada línea roja entre el arte y eso que llamamos «artesanía»? ¿Cuál es mi condición de ser artista? ¿Cómo debo estar en el mundo como artista? ¿Me siento diferente? ¿Antes, después...? En general su estancia en Orissa y su convivencia con Lingaraj le han confirmado lo que intuía, fundamentado más sólidamente

sus planteamientos más íntimos... Son cosas que tienen que ver con el humanismo universal, con la bondad, el talento natural, la comunicación que fluye fácil (sin palabras o con pocas palabras), la filosofía espiritual, la humilde aceptación de la gracia/don recibidos (regalados por el Destino y la naturaleza), la necesidad del trabajo y el esfuerzo personal... [...]